

Reseña



Helbig, Sabine (2005) *Blitzlichter in der Dunkelheit. Das Leben einer tauben Frau. Autobiographie* (Destellos en la oscuridad. La vida de una mujer sorda. Autobiografía). Guxhagen: Karin-Kestner, 243 págs. ISBN 3-9810709-5-X

Este libro es un relato autobiográfico escrito por Sabine Helbig, una mujer Sorda alemana de 49 años. Fue publicado hace pocos meses, en alemán, por la editorial “Karin Kestner”, que se especializa en trabajos sobre la Sordera y las lenguas de señas.

Sabine Helbig no es un personaje famoso. No es una persona conocida fuera de su círculo social. Es una persona sencilla, que ha vivido su vida con aciertos y errores y se animó a contarla en este libro. Las biografías y autobiografías de gente común tienen el mérito enorme de ser documentos con información detallada sobre las circunstancias históricas en las que vive la mayoría de un pueblo, y que pasan desapercibidas en los tratados tradicionales de historia. Estos se limitan a contar lo que viven y deciden las élites, y presentan a la gran mayoría de la gente como una masa anónima e inerte que los poderosos baten y moldean desde arriba.

Para el estudio de la la historia y la cultura Sordas, libros como este de Sabine Helbig constituyen fuentes de información de primera mano. Sobre todo a partir de los cambios que trajo la década de 1980, muchos Sordos se convencieron de que era importante comenzar a contar sus vidas (en formatos impresos o de video), ya que los tratados científicos no podían dar cuenta de todo cuanto pasaba en su mundo. Además de todo eso, el libro es sumamente ameno.

Los primeros años de Sabine Helbig

Sabine nació en 1958 en una pequeña población de la hoy desaparecida República Democrática Alemana (DDR). Tal vez para proteger la identidad de la gente que ella menciona en su libro, no identifica los lugares sino con una letra inicial. Por eso no sabemos exactamente dónde nació. Los abuelos maternos de Sabine eran Sordos. Los hijos de estos eran todos oyentes, también la madre de Sabine. Ellos crecieron con la lengua de señas y el alemán hablado como sus dos lenguas. Los abuelos de Sabine, formados en la tradición oralista alemana, tendían también a usar con sus hijos la comunicación hablada, y reservaban las señas sobre todo para las ocasiones en que recibían visitas Sordas. Ese breve contacto con la lengua de sus abuelos bastó, sin embargo, para que Sabine desarrollara una identificación profunda con la lengua de señas, que será muy importante cuando se haga adulta.

Cuando era muy pequeña, a Sabine le detectaron una hipoacusia severa, y la enviaron a una escuela para niños con pérdidas auditivas como esa, que pueden desarrollar el habla con ayuda especializada. Sabine creció, así, con el alemán hablado como su primera lengua. Cuando entraba en la adolescencia, a finales de los sesenta, la escuela proveyó a Sabine con auxiliares auditivos, lo que le permitió mejorar sensiblemente su percepción auditiva. Con esa ayuda, Sabine perfeccionó su alemán hablado y se aficionó a la música. Su círculo social estaba formado casi exclusivamente por personas oyentes. Las únicas personas Sordas con quienes tenía contacto eran sus abuelos y las amistades de ellos.

A los 17 años, cuando terminaba la escuela de oficios (Sabine había deseado ser enfermera, o médica, pero los Sordos en Alemania no tienen derecho a ejercer profesiones en el área de la salud), sufrió una enfermedad que la dejó completamente sorda, y con un «tinnitus» (zumbido en los oídos y mareos) casi permanente. A partir de entonces comenzó a sentirse cada vez más insegura con su alemán hablado, ya que perdió progresivamente el control sobre el volumen y el tono de la voz.

En esos años abandonó la casa familiar y comenzó a vivir en varias ciudades, donde probó suerte comenzando estudios que siempre abandonaba. Tuvo también, en esos años, varias relaciones amorosas con oyentes. Una de ellas terminó en matrimonio, y de allí tuvo una hija, María, también oyente. Años después se divorció, y volvió a casarse, esta vez con un Sordo. Con él tuvo su segunda hija, Jessica, también oyente. Sabine hizo una formación como trabajadora social, y se especializó en la asesoría a personas sordas con múltiples discapacidades. Trabaja actualmente en esa área, y vive todavía en la Alemania del Este.

La comunicación como problema de vida

El libro de Sabine se mueve alrededor de varios ejes. Uno de ellos, para mí el más notorio (evidentemente, llevado por mis intereses), es el de la comunicación. Los problemas y conflictos que implica para una persona sorda su contacto cotidiano con el entorno, en el cual se usa una lengua a la cual no se tiene pleno acceso. Para Sabine, desde el principio de su vida, predominó el alemán hablado, y eso moldeó también sus relaciones con el mundo. Mientras no perdió totalmente el oído, eso no representó mayores conflictos para ella. Pero al quedarse del todo

sorda, su contacto con el entorno oyente fue haciéndose problemático, aun cuando ella luchara por mantenerlo. Su relación con María fue central en eso. Sabine se comunicaba con su hija en alemán hablado y algunas señas coordinadas con el habla. Esto era una decisión consciente, que explica así:

Cuando estaba sola con ella, usaba también frecuentemente señas, aunque no en la forma coherente y continua de la lengua de señas, como es la regla entre los Sordos. Mis relaciones con el entorno oyente implicaban para mí el reconocimiento de sus reglas culturales y lingüísticas. Y parte de eso era también el reconocimiento del mundo de mi marido oyente. (pág. 175)

La relación con el padre de María terminó cuando la niña estaba todavía pequeña, y eso intensificó la preocupación de Sabine por la crianza de su hija. Sabine sentía que debía ofrecerle entornos de alemán hablado más ricos que los que ella podía en la casa, como sorda y ahora como madre soltera. Escribe, por ejemplo, que le preocupaba no poder darle a su hija toda la riqueza cultural alemana contenida en canciones y cuentos infantiles.

Cuando estaba embarazada de María, Sabine retomó sus contactos con los Sordos y la lengua de señas. Esto se intensificó luego de que la niña naciera. Volvió, por ejemplo, a visitar a amigos de la infancia y de su familia. Escribe así sobre uno de esos contactos:

[las pinturas para la cuna de María] me las consiguió un maestro pintor Sordo, que era amigo de mis abuelos. Cuando era niña lo visitaba con frecuencia. El y su mujer usaban la misma vieja lengua de señas de mis abuelos. Yo les tenía mucho cariño, y ellos también a mí ¡Qué reconfortante me fue el regreso a mi hogar lingüístico! (pág. 167)

El proceso de integrarse a la comunidad Sorda se hace poco a poco el centro de la vida de Sabine desde esos años, cuando está en mitad de sus veinte. Sus primeros intentos, sin embargo, no son fáciles, pues tropieza con el rechazo de los miembros de las asociaciones locales, que se cierran al contacto con extraños.

Tras la caída del Muro de Berlín (1989) y la reunificación posterior de las dos Alemanias (1990) la vida cotidiana de los alemanes del Este (la DDR, de donde era Sabine) cambia dramáticamente. Para los Sordos eso significó la llegada de nuevas formas de organización, de nuevas posibilidades y retos. Uno de ellos es la idea de que la Lengua de Señas Alemana (DGS) es una lengua natural, similar en potencial expresivo a las lenguas habladas. La enseñanza de la DGS se había formalizado, y se hacían intentos por estandarizar la lengua. Ese ambiente la lleva a replantearse el lugar que la DGS ocupa en su vida.

Esto fue producto de un proceso, y tuvo mucho que ver con una motivación del entorno, que defendía el uso de la lengua de señas como bueno. Cuando María era pequeña, Sabine no se ocupó mucho de ofrecerle un entorno de señas rico. Para ella era deseable y normal que el alemán hablado tuviera prioridad, y que las señas aparecieran como al acaso y en función de apoyo. Luego de que sus contactos con la comunidad Sorda de la Alemania Occidental se intensificaron, y aprendió de las nuevas tendencias sociales entre ellos, lamentó no haberle dado a su hija la

ocasión de crecer bilingüe, pues se dió cuenta de lo libre que se sentía ella misma al comunicarse en DGS :

Pero ¿cómo podía yo saberlo entonces? Es algo que aprendí de mi experiencia y que puedo ahora enseñarle a otros (pág. 211)

Otra cosa que Sabine descubre en esos años es que aunque su lugar no es con los oyentes, tampoco es totalmente con los Sordos. Ella es producto de un espacio intermedio, en el que está al mismo tiempo en el mundo de los oyentes y de los Sordos. Se siente feliz cuando en su entorno no se levantan las divisiones entre sordos y oyentes, cuando se encuentra *en una gran comunidad, donde el oír o el no oír no tiene que jugar un papel* (pág. 215).

Al hacerse consciente de ello, descubre ventajas que decide aprovechar:

me había acostumbrado rápidamente a la comunidad de deficientes auditivos, muy especialmente a la de los Sordos, y las experiencias que yo había ganado a partir de mi vida entre los oyentes me representaron un preciado bien. Yo les mostraba a los deficientes auditivos, a través de mi propio ejemplo, que hay salidas y posibilidades de abrirse al mundo y darle forma a los deseos de integración. A los oyentes, por otra parte, les transmitía mi apertura hacia su comunidad, y los invitaba a encontrar compromisos (pág. 189)

El uso libre y voluntario de las dos lenguas es para Sabine la clave de su armonía con los dos mundos:

Yo había siempre amado la lengua de señas. Pero durante varias décadas no había podido usarla tan cercanamente como hubiera querido, y eso me llevó a acomodarme a mis circunstancias del mejor modo que pude. Finalmente pude soltarme las ataduras. Pude hablar, cuando quería hablar, o señalar, cuando tenía deseos de una comunicación sin imposiciones o limitaciones. Y pude respirar por fin, finalmente descubrí lo que me había hecho tanta falta todos esos años (pág. 190)

A pesar de esa armonía interior, su relación con el mundo Sordo no estaba libre de conflictos. Muchos de los Sordos la consideraban oyente, y levantaban ante ella por eso barreras, porque aunque no oyera, había crecido en el mundo de quienes oyen. La falta de privacidad típica de los colectivos Sordos, donde se ventila públicamente todo detalle personal de sus miembros, era para ella asimismo fuente de problemas.

Rechazo al implante coclear

Un pasaje muy interesante del relato de Sabine es cuando considera la oferta de las autoridades de salud de financiarles, a sordos adultos ensordecidos, implantes cocleares para recuperar la audición. Este episodio, ocurrido a finales de los 90, hace que Sabine se ponga a estudiar las ventajas y las desventajas de tal operación, y las sopesa en el marco de su vida y de sus experiencias con Sordos y oyentes. Termina rechazando la oferta. En el proceso que la lleva a hacerlo se da

cuenta de que ella no había nunca aceptado realmente la pérdida del oído, que eso permanecía en ella sin ser procesado, que todavía le dolía. Se da cuenta de que es la sensación de estar incompleta físicamente (muy motivada por la visión del entorno oyente, que la califica como discapacitada) lo que la afecta, mucho más que las circunstancias de vivir sin oído. Entiende que el implante no la va a convertir en una oyente, sino que incluso va a remarcar ante los oyentes su condición de discapacitada.

A propósito de todo eso escribe:

Un implante como ese no me iba a hacer parecer « más normal » o menos discapacitada, sino que por el contrario iba a reforzar mi identidad como tal, lo que iba a seguirme aislando. Iba a tener que dirigir mi atención a oír, y eso absorbería una energía preciosa que necesitaba para mi propio desarrollo espiritual, mental y social. Con el implante no iba yo a poder entender todo, automáticamente. Para eso iba a tener que sacrificar tiempo, energía, flexibilidad, espontaneidad y un sentimiento de identidad muy importante para mí.

La lengua de señas me daba todo lo que necesitaba comprender para desenvolverme en mi cotidianidad. Incluso podía « ver » la música cuando me la traducían, y en mi interior no me producía contradicciones mi condición de ensordecida. (pág. 221)

Como conseguir el libro

El libro, como escribí antes, está en alemán y lo distribuye la editorial Karin Kestner, cuya página web es <http://www.kestner.de> (tiene un precio de 10,50 euros).

Alejandro Oviedo
Berlín, 26 de enero de 2007